

## RITO DE LA BENDICIÓN (Franz Jalics)

Al igual que Jesús encarnó su energía de bendición y de curación en pequeños gestos, nosotros podríamos encarnar la bendición de nuestro corazón en **pequeños signos como el apretón de manos, el abrazo o el beso**. La madre puede convertir en bendición el gesto de cambiar los pañales a su bebé; el docente su exposición; el comerciante, la entrega de su mercancía; y hasta el cliente, su gesto de pagar. Conocí a un psicólogo que diariamente se concentraba en cada uno de sus pacientes para pedir por ellos y para conferirles energías. Los bendecía desde su corazón y desde su mente. Deberíamos desarrollar esta capacidad de obrar el bien.

**Bendecir consiste en amar con la fuerza de la fe**, que es capaz de trasladar montañas; bendecir consiste en amar con la firme persuasión de que nuestro Señor puede hacer realidad nuestro deseo. Los que están convencidos de la fuerza de la bendición, saben que el hombre tiene también la fuerza para maldecir. Quienes desean que el otro sufra, “que reviente”, que se enferme o que se muera, desparraman un veneno que va haciendo el mal deseado. El grado del mal depende de la fuerza con la cual lo desean y de la fuerza que su autor sea capaz de concentrar. El odio es capaz de herir y de matar. Tal vez todos hemos sentido alguna vez en la vida que la rabia nos cegaba y nos agredía como una fuerza que ahogaba. He visto gente que deseaba el mal y el mal se realizaba. Por eso el cristiano debe purificarse constantemente de sus deseos destructivos para poder bendecir y no maldecir.

¿Qué actividades cotidianas podrías transformar en bendición?

¿En qué siete personas te gustaría concentrar diariamente la energía mental para transmitirles tu fuerza y tu amor (seres queridos, enemigos, necesitados...)?

¿Has maldecido alguna vez? ¿Has experimentado el veneno de desear el mal?

**La mejor señal de que nuestra actitud es contemplativa es sentir el deseo de dar, de amar, de respetar y de comunicarse. Es claro que este deseo tiene que tomar cuerpo, antes que nada, en actos eficientes de caridad: socorrer a los necesitados, consolar a los afligidos, liberar a los presos, restablecer la justicia, perdonar las ofensas, respetar la vida y tantos otros. Pero la actitud contemplativa implica el deseo de hacer todo esto desde dentro, tal y como Jesús lo hizo. Para eso es preciso aprender a bendecir.**

Para **la confesión** suelo buscar sacerdotes con quienes pueda comunicarme, de modo que el signo de la reconciliación no caiga sobre una incomunicación humana: sobre un contra-signo. Pero más que nada busco sacerdotes auténticamente espirituales: ministros que vivan en Dios y de cuyo corazón y de cuya mente pueda surgir la paz y el amor de Dios. Hasta en la confesión deberían participar los cristianos y, mientras un hermano se confiesa, podrían suplicar por el perdón y por la paz que desea obtener.

**En la misa**, las mismas lecturas tienen que ser leídas con la convicción y la fuerza de una bendición, porque en ellas baja el Verbo surgiendo del corazón del lector. Se reviste de sus palabras y entra por nuestros oídos. Por eso quien lee debe hacerlo desde el corazón y persuadido de que transmite una bendición. Jesús pronunció una bendición en la Última Cena y dijo que nosotros hiciéramos lo mismo. A veces vamos a misa para recibir a Jesús, pero nos olvidamos que es bendiciendo como uno es bendecido.

Tu amor a tus semejantes, ¿se traduce en actos eficientes de caridad?  
¿Crees que normalmente actúas y te mueves desde dentro, desde lo más profundo de ti?  
¿Confiesas a alguien lo que hay en tu corazón? ¿Acoges las confesiones de alguien?



Tus lecturas, ¿te alimentan realmente el alma?

Si participas de la Eucaristía, ¿la experimentas como bendición?